

CAPÍTULO 7

Sudán del Sur: a diez años de su autodeterminación.

¿Por qué la independencia no significó la paz en el país?

Gustavo Gastón Pérez y María Cristina Nin

La denominada crisis actual de la gobernabilidad en África muestra la incapacidad de los Estados de adecuarse a la pluralidad étnico-cultural. Ahora bien, la división territorial, es decir, la proclamación de nuevos Estados se torna un desafío difícil de resolver. Solo basta revisar la situación de catástrofe política, social, económica y humanitaria que atraviesa Sudán del Sur, el Estado más joven de África

--Shmite, S., (2021, p. 135).

Introducción

En este capítulo se aborda el proceso de conformación de un nuevo Estado, en este caso Sudán del Sur, en el año 2011, convirtiéndose en el último país incorporado al concierto de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), luego de su secesión de la República de Sudán. La República de Sudán como Estado independiente se conformó en 1956 producto de los procesos de descolonización ocurridos en la segunda mitad del siglo XX. Es un territorio con una variabilidad natural y cultural que se expresa en la diversidad lingüística y religiosa de los pueblos que lo habitan. Luego de décadas de tensiones, conflictos internos y dos guerras civiles el país se reconfiguró territorialmente. La fragmentación de Sudán como consecuencia del proceso de autodeterminación de la región del sur supuso una nueva cartografía en el continente africano y la reafirmación manifiesta de los intereses de las potencias en África con el objetivo de mercantilizar sus recursos naturales que, en el caso de Sudán del Sur, representa una importante reserva de hidrocarburos en el continente más allá de que su producción se viera afectada por la intensidad y continuidad de los conflictos. En julio de 2011 los ciudadanos de Sudán se expresaron en la consulta de autodeterminación que se celebró bajo el Acuerdo Global de Paz de 2005 que primeramente les había otorgado la autonomía. Ese proceso puso fin a una guerra prolongada que dejó un saldo de dos millones de muertos y aproximadamente un millón de refugiados y desplazados. Sin embargo, no se logró la pacificación de la región ni tampoco la estabilización

de los regímenes políticos, por el contrario, surgieron nuevos factores que profundizaron la incertidumbre en el Sahel.

En la actualidad Sudán del Sur, a una década de su independencia, atraviesa una crisis humanitaria y de gobernabilidad que se refleja en los enfrentamientos que aún persisten en su territorio a pesar de haber alcanzado un acuerdo interno de paz en 2020 luego de varios años de guerra civil. Asimismo, la crisis se expresa en los millones de niños, 2 de cada 3 según UNICEF (2021), que están en riesgo extremo y necesitan ayuda humanitaria inminente, como así también asistencia general para la población ante situaciones de hambrunas generalizadas.

Por lo tanto, el propósito del capítulo es indagar el contexto territorial actual de la República de Sudán del Sur, a diez años de su independencia, a partir del análisis bibliográfico de artículos académicos y fuentes diversas que permitan realizar un estudio articulado de las distintas dimensiones analíticas en clave integradora territorial. A partir de ello, favorecer la interpretación de ejes analíticos que permitan una propuesta de abordaje del espacio sursudanés para comprender a través de un estudio de caso la configuración territorial de un Estado africano en el marco de la complejidad del orden mundial multipolar actual.

Ahora bien, como expresa Álvarez Acosta (2011), reconstruir los procesos que sucedieron y suceden en el África Subsahariana es una ardua tarea para las/os investigadoras/es, pues durante los periodos coloniales prevalecieron las posturas eurocentristas. Estas miradas cristalizaron las ideas de una superioridad cultural europea sobre pueblos africanos sin historia preexistente, con visiones estereotipadas de su propio devenir, con rasgos culturales que enfatizan en el salvajismo de sus prácticas, el subdesarrollo, la corrupción, las luchas interétnicas y los aportes civilizatorios de los blancos europeos como única vía al desarrollo de las poblaciones africanas.

Por ello, el desafío de estudiar África implica poner en discusión los aportes de autoras/es africanistas que proponen perspectivas diferentes sobre el acontecer de los distintos pueblos y Estados africanos. Este proceso de desconstrucción se ha intentado desmontar desde los abordajes de Edward Said con *Orientalismo* y de Valentin-Yves Mudimbe (1988) con *The invention of Africa, Gnosis, philosophy, and the order of Knowledge*²⁰. Por lo tanto, debemos poner en tensión y desconstruir narrativas construidas desde los espacios de poder. Edward Said supo distinguir en esas narrativas la presencia de discursos de poder. Es decir, con la construcción de Oriente, no solo se “orientalizó” ese vasto territorio pensado por Occidente, sino que, bajo los estereotipos europeos decimonónicos se lo podía obligar a serlo. Al respecto Said (2002 [1978], p. 277) logró visualizar por un lado “un positivismo casi inconsciente y en cualquier caso impalpable que denominó orientalismo latente”. Por otro lado, evidenciar los diferentes criterios establecidos sobre la sociedad, las lenguas, las literaturas, la historia y la sociología orientales que definió como orientalismo manifiesto.

Recuperar aquellos autores que plantean, como Mbuyi Kabunda Badi (2004, 2008, 2011), que el camino para romper las cadenas de la dependencia no son las estructuras tradicionales impuestas por Europa como la organización de los Estados, las religiones, sus sistemas políticos y valores,

²⁰Para ampliar estos aspectos ver el capítulo “2” de Dupuy y Margueliche, y el capítulo “10” de Nin, Acosta y Pérez.

sino sus propias cosmovisiones y maneras de observar e intervenir la realidad. “Las elecciones no constituyen un fin en sí mismo, y solas no son suficientes para instaurar la democracia” (Kabunda, 2004, p. 1) sostiene el autor para reflexionar sobre los procesos de democratización en las sociedades africanas que claramente deben ampliarse a mayores grados de participación real de los pueblos y perspectivas propias sobre la construcción política de sus territorios.

Una democracia que posibilite una inserción del continente en la política y economía mundial bajo nuevas lógicas de integración y no las impuestas por los Estados centrales, las corporaciones transnacionales o las finanzas de la globalización de saqueo y expoliación, consolidada por los preceptos del Consenso de Washington y el paradigma neoliberal que mediante los Programas de Ajuste Estructural (PAE) limitó el accionar civil y militarizó la sociedad.

Una democracia que no sea el espejo de la democracia occidental, sino construida a partir de las realidades políticas, económicas y sociológicas de África y que no se limite a los procesos electorales. Solo de ese modo se superará el afropesimismo de las autarquías, el golpismo, las dictaduras apoyadas por las potencias occidentales y se construirá el camino hacia una verdadera independencia libre de las ataduras del neocolonialismo a través del afroederalismo, democracias sociales consensuadas, sociedades civiles fortalecidas que contemplen los derechos humanos de todos los grupos, el pluralismo cultural y la diversidad étnica en la unidad. De esa manera, pensar en un futuro para África donde progresivamente se superen las desigualdades sociales y los desequilibrios territoriales, en pos de alcanzar objetivos comunes en dimensiones centrales para avanzar en el desarrollo de las condiciones de vida, de la educación, la salud y la ciencia.

Perspectivas histórico-geográficas de Sudán

Las raíces del actual conflicto en Sudán del Sur se remontan al pasado colonial británico en el Sudán histórico. Los grupos árabes asentados en el norte del territorio aprovecharon una relación favorable con la metrópoli imperial dado que eran los destinatarios de las inversiones en infraestructura y educación. No obstante, en las poblaciones del sur se profundizaron las carencias y la falta de desarrollo. “Tras la independencia, en 1956, la colonización interna del Sur, cristiano y animista, por el Norte musulmán sucedió a la de los británicos y provocó dos guerras, entre 1956 y 1972 y posteriormente entre 1984 y 2002” (Prunier, 2017, p. 2). En la actualidad existen la República de Sudán y la República de Sudán del Sur. Pero ¿cuál es el origen de Sudán?, ¿cómo se estructuró el territorio a lo largo de la extensa etapa colonial?

Según Prunier “Sudán” deriva del nombre utilizado por los geógrafos árabes para denominar a la “Tierra de los Negros” (*Bilad as-Sudan*). Pero su definición era imprecisa puesto que se podían identificar dos territorios con su nombre: el “*Soudan*” francés (actual Mali) y el “*Sudan*” angloegipcio, ambos extremos “del continuo cultural que iba desde el norte de Nigeria hasta Kordofán o incluso Sennar” (Prunier, 2015, p. 29).

En relación a su pasado colonial, Sudán fue conquistado por Egipto durante el período 1820-1842 y sometido a la presión de los gobernantes egipcios, la corrupción y los altos impuestos (Ceamanos, 2016). Sin embargo, en 1881 estalló la rebelión de Muhammad Ahmed (1844-1885), proclamado *al-Mahdi*. “Bajo su dirección mesiánica, los sudaneses declararon la guerra santa a los ocupantes egipcios y a los extranjeros cristianos que ocupaban importantes puestos de la administración egipcia” (Ceamanos, 2016, p. 58). La expulsión del régimen turcoegipcio del Sudán y la toma de Jartum, que incluyó la muerte del general británico George Gordon, implicó la consolidación del movimiento. Al mismo tiempo, el mahdismo se arraigó como ideología popular en los territorios centrales de Sudán. “En cierto modo, la experiencia estatal situaba a los islamizados en posición dominante, y con ella, la exaltación del pastoreo como modo de vida propio del pueblo árabe” (Iniesta, 2010, p. 101).

Luego de la muerte de *al-Mahdi* sus seguidores mantuvieron el régimen por 13 años (1885-1898) cuando los británicos intentaron destruir el mahdismo. El grupo mutó en un movimiento político moderno, que aún posee relevancia como partido político en la dinámica sudanesa (Pruhier, 2015). Sin embargo, la dimensión geopolítica es determinante para comprender de manera estructural el derrotero de la conformación territorial del Sudán colonial. Las pujas estratégicas derivadas de los acuerdos emanados de la Conferencia de Berlín demostraron las rivalidades entre las potencias de la época: Gran Bretaña y Francia.

Francia pretendía unificar territorialmente su imperio colonial entre sus posesiones del África Occidental, en el oeste, y la Somalia francesa, en el este. Este propósito se enfrentaba con los intereses colonialistas británicos que, tras la figura de Cecil Rhodes, planearon edificar un eje norte-sur entre Egipto y la Colonia del Cabo.

La primera en llegar fue la expedición francesa [...] Los británicos exigieron su retirada. Francia no se atrevió a dar el paso de entrar en guerra y cedió. Los franceses arriaron la bandera y, al año siguiente, se firmó una convención franco-británica que estableció los límites entre las posesiones francesas y el Sudán anglo egipcio (Ceamanos, 2016, p. 60).

En este contexto, el imperio británico estableció un protectorado sobre Egipto en 1914 durante el cual emprendió políticas de modernización que incrementaron las diferencias con el sur. Una de ellas fue, por ejemplo, la presa antigua de Asuán.

Sumado a estas disputas, Iniesta (2010) agrega otro elemento para entender la dinámica de Sudán: la tardía trata de esclavos en el área. Según el autor, esta es una dimensión que posibilita entender el Estado sudanés, “el establecimiento en el siglo XIX de una delimitación ideológica entre nómadas musulmanes esclavizadores y sedentarios paganos y esclavizables” (Iniesta, 2010, p. 117). De hecho, el área del entorno de Jartum o Khartoum (literalmente “La trompa del elefante” y fundada en 1824 por los egipcios) fue un territorio valorado para realizar actividades agropecuarias, aunque también “mano de obra esclava procedente del sur - Equatoria- y del este, principalmente Kordofán y Darfur” (Iniesta, 2010, p. 98).

Hasta llegar al momento de la independencia, entonces, factores de índole externa, como las disputas coloniales entre los imperios británico y francés, y dinámicas internas relacionadas con los complejos vínculos entre las poblaciones arabizadas del norte y los grupos sedentarios del sur explican las vicisitudes del territorio sudanés. Si bien la población del Sudán unificado era, desde una dimensión religiosa, un 25% cristiana y 75% musulmana, mientras que desde una variable racial los “árabes” representaban el 40% y los “africanos” el 60%, aquí es significativo rescatar aportes que matizan y complejizan la clásica dicotomía “árabe-africano” cuando se analiza Sudán. Es decir, el concepto de árabe se asociaba a la civilización mientras que lo africano se vinculaba con lo salvaje; “la distinción que contrapone lo ‘árabe’ con lo ‘africano’ adquirió el significado que hoy posee mediante construcciones ideológicas que ocurrieron mucho después, comenzando a mediados del siglo XX” (Prunier, 2015, p. 34).

En este punto, vinculado a los factores internos, es relevante recuperar la diversidad demográfica de Sudán. De acuerdo a Prunier (2015) la población se compone de una multiplicidad de tribus o grupos cuya cantidad depende del criterio que se adopte. Para no caer en una dicotomía simplificadora, lo religioso y lo étnico, se entremezclan de manera profunda. En Sudán existe un “racismo cultural” aunque la piel sea del mismo color vinculado a rasgos faciales (Prunier, 2015). Al respecto el autor recupera a Barbour: “En Sudán, el término ‘árabe’ se utiliza de diversas maneras y según la ocasión el significado puede hacer referencia a la raza, el modo de hablar, una idea emocional o el modo de vida” (Barbour, 1961, en Prunier, 2015, p. 34).

A modo de recuperar la senda de la dimensión histórico-territorial, de manera inmediata a la independencia, en 1956, sucedió el inicio de la primera guerra cuyos principales escenarios bélicos se consolidaron en el área meridional del país, en su sector ecuatorial. Los resultados de la contienda le permitieron al Sur alcanzar cierta autonomía a partir de la conformación de un gobierno regional. Sin embargo, el dominio y manipulación de Jartum sobre el sur como si se tratase de una colonia trasuntó la segunda mitad del siglo XX, desde las promesas de federalismo en la década del cincuenta hasta el desmantelamiento del Acuerdo de Addis Abeba en 1980. “La clase política del norte estaba completamente confiada en su capacidad de engañar a los ciudadanos ‘africanos’, los ‘esclavos’” (Prunier, 2015, p. 214).

Ello también se reflejó durante el gobierno presidido por Yaafar al-Numeiri (1969-1985) que, tras su liderazgo en la Revolución de Mayo con amplias expectativas de parte de la sociedad sudanesa, su mutación de líder socialista a islamista contribuyó a la desestabilización del país y, en particular, en los vínculos con el sur. Según Langa Herrero (2017), al-Numeiri accedió al poder en 1969 en torno al partido único Unión Socialista de Sudán (USS) proclamando el socialismo (“Sudán como la Cuba de África”) con el apoyo de comunistas, nacionalistas árabes y el grupo de los Socialistas Árabes y con promesas de desarrollo y autonomía para el Sur. Incluso nombrando ministros a comunistas sureños como Joseph Garang y respaldo soviético en materias política y militar. Sin embargo, en lo que se podría denominar la segunda etapa de su gobierno (1978-1985) la deriva autoritaria y centralista dio por tierra sus compromisos y alianzas iniciales.

El sur de Sudán fue reticente al gobierno de al-Numeiri ya que el líder no rompió con la elite de Jartum, de fuerte dominante arabo-musulmán. La inestabilidad en el gobierno estaría marcada por

los varios intentos de golpes de Estado, la ejecución de Garang en 1971 y la ruptura con los comunistas. Al mismo tiempo, en el frente externo debió iniciar la recomposición de relaciones con Etiopía, que respaldaba a los separatistas de Anya-Nya como respuesta al apoyo sudanés a los grupos eritreos, y con Uganda que apoyaba a los rebeldes sursudaneses (Langa Herrero, 2017).

A pesar de estos sucesos en 1972 se logró la firma del Tratado de Addis Abeba entre el gobierno de al-Numeiri y el Movimiento de Liberación del Sur de Sudán (creado en 1969) que implicó la finalización de la primera guerra civil. Ello posibilitó tanto el alto el fuego auspiciado por la comunidad internacional como la autonomía del Sur. De hecho, las provincias de Alto Nilo, Equatoria y Bahr el Ghazal conformaron la “Región Autónoma de Sudán del Sur” con capital en Juba. Sin embargo, el tratado

[...] no contó con el apoyo de los partidos árabes de norte, ni laicos ni islámicos, lo que provocó la paulatina degradación de las relaciones norte-sur y el incumplimiento del acuerdo. La oposición no fue solo interna, también la Libia del coronel Gadafi se opuso al Tratado por considerar que impedía una futura alianza entre Libia y el norte de Sudán, por lo que, sorpresivamente, instó a la secesión del sur. De esta manera, los compromisos agonizaron y, con ellos, las esperanzas de autonomía del sur, que fueron enterradas en 1983, cuando la Región Autónoma fue abolida por el gobierno del propio Numeiri (Langa Herrero, 2017, p. 239).

Asimismo, entonces, la influencia de los Hermanos Musulmanes, bajo la figura de Turabi en Sudán fue uno de los factores centrales que explican el inicio de la nueva guerra interna, pues los sectores islámicos observaron con recelo tanto la autonomía hacia el Sur como el paulatino acercamiento de Jartum a EE.UU. e Israel en un contexto histórico de guerra fría complejo. Entre los vaivenes de la política de al-Numeiri, que afectó la relación con el Sur, se suma la introducción de la *sharía* en 1983 para la posterior escalada y reactivación del conflicto. Es decir, el fin de la autonomía más la islamización del régimen, que se reflejó en la aplicación de la *sharía* sobre todo en los no islámicos, el reemplazo del vicepresidente por un representante musulmán y la declaración del árabe como único idioma oficial incrementó las reticencias del Sur respecto del gobierno central de Jartum.

A su vez, otro factor se haría presente en la débil estabilidad de Sudán. El hallazgo de petróleo en el área meridional por parte de la *Chevron Oil Company of Sudan* revitalizó los planes de Jartum de controlar la región autonomista y fue otro de los elementos que contribuyó al comienzo de la extensa segunda guerra iniciada en 1984 y finalizada en el 2002.

El régimen de al-Numeiri finalizaría en 1985 en un marco de inestabilidad política, conflictos armados, la consolidación de la resistencia del Ejército de Liberación del Pueblo de Sudán (SPLA, por sus siglas en inglés) y crisis económica, que se agravó con la sequía y hambruna de 1984-85.

Según Iniesta (2010), existen dos causas que explican el permanente conflicto de Sudán previo a la independencia del sur. Por un lado, una idea decimonónica arraigada que expresa ciertas prerrogativas de los grupos nómades islamizados y poblaciones sedentarias excluidas de derechos. Por otro, una causa económica, cercana temporalmente, que apunta a la apropiación de los recursos de parte de los sectores que controlan el gobierno en detrimento de otros.

En el África postcolonial, y en el contexto de la globalización, las identidades políticas se recrean de manera permanente. Algunos Estados se caracterizan por ser autocráticos, con líderes autoritarios y estructuras institucionales débiles a causa de la conformación de fronteras artificiales. Tal como propone Ruggeri (2011) sería superador considerarlos naciones-Estado para desoccidentalizar la perspectiva de análisis.

Una figura controvertida en este proceso reciente del Sudán unificado fue el presidente Omar al-Bashir. El genocidio de Darfur llevó al presidente ante el Tribunal Penal Internacional en 2009, en la búsqueda de la verdad ante la responsabilidad de los líderes del estado sudanés en la perpetración de matanzas y persecuciones a poblaciones excluidas desde la independencia. Según Iniesta (2010) ello contribuyó a un mayor interés del Sur por una rápida independencia que, incluso, dos meses antes de su consumación tuvo una intervención del presidente al-Bashir en la disputada región de Abyei (Figura N° 1).

Figura 7.1 La división de Sudán, los recursos hidrocarburíferos y los territorios en disputa.



Nota. Fuente: <https://mondiplo.com/IMG/jpg/darfur-201.jpg>

Finalmente, la República de Sudán del Sur se constituyó como tal el 9 de julio de 2011 al separarse de Sudán luego de un referendo supervisado por la comunidad internacional y celebrado en enero del mismo año. La ONU admitió al que en la actualidad es su último miembro aceptado por el pleno de la Asamblea General, una semana después de su independencia.

Cuando se conforma el primer gobierno de unidad sursudanés, luego de la secesión, la fórmula que asume sin elecciones se compone a partir de dos dirigentes de las etnias de mayor representatividad política y demográfica del país: Salva Kiir, dinka, y Riak Machar, nuer, como presidente y vicepresidente, respectivamente.

Kiir ya era una figura relevante en la República de Sudán puesto que lideró el Ejército de Liberación del Pueblo de Sudán (SPLA) a la muerte en 2005 de John Garang (quién lo creó en 1983) y presidió la región autónoma de Sudán del Sur previo a su independencia al ganar las elecciones de 2010. A su vez fue vicepresidente del gobernante sudanés el-Bachir.

En los años siguientes a la independencia la inestabilidad fue moneda corriente, así como también las dificultades para mejorar la salud, la educación o las infraestructuras del país. Kiir, líder de los dinkas, inicia una purga interna ante la organización de las elecciones de 2015 y la posibilidad de Machar de presentar su propia candidatura. Asimismo, el rol de las tropas del ejército osciló entre su comportamiento como una mera milicia progubernamental dinka a responder a los nuer en contextos de rebelión. Incluso, durante 2013, se produce por parte de las tropas de mayoría dinka una “masacre sistemática de todos los nuers que encuentran en la capital, Juba. Aunque la cantidad de muertos sigue siendo desconocida, se estima que entre seis y diez mil personas fueron asesinadas en tres días” (Prunier, 2017, p. 4).

Josep Fontana (2013) sostiene que esta nueva nación combina una crisis interna, la dificultad de forjar una conciencia colectiva a partir de identidades étnicas diversas, tales como Pojulu, Dinka, Shuluk, Zande, Nuer, entre otras, unidas en la lucha contra el racismo del *Mudukuru* (el norte) con sus conflictos con Jartum por la zona petrolífera. En este contexto, Sudán dividido presenta el Norte con dificultades económicas, crisis social y levantamientos ante la perpetuación en el poder del régimen de al-Bashir, quien gobernó hasta abril de 2019, y el Sudán del Sur sumido en una crisis humanitaria que requiere un análisis particular debido a sus dimensiones.

El genocidio de Darfur

Los sucesos de Darfur comenzaron en medio de las disputas entre el Norte y el Sur. El impacto internacional de las matanzas incorporó otro elemento de complejidad a las luchas internas de Sudán. Si bien entre el Norte y el Sur se firmaría un acuerdo en Nairobi (Kenia) en enero de 2005, desde 2003 Darfur se convirtió en un escenario de crímenes de lesa humanidad.

El denominado genocidio de Darfur, una región en el occidente de Sudán incorporada al país en 1916 generó muchas controversias en la comunidad internacional. Las discrepancias sobre si los sucesos producidos a partir de 2003 constituían un genocidio formaron parte de las discusiones legales, políticas y sociológicas. Según Shaw (2013) en el uso del término hay una propensión a la confusión conceptual. Sin embargo, como en los casos de Ruanda o el genocidio

arquetípico que significó el Holocausto, hay elementos del caso Darfur que posibilitaron determinar la aplicación del concepto para este caso. Este autor hace referencia a un informe de *Human Rights Watch* del año 2004, en el que consta que el gobierno sudanés y sus milicias árabes aliadas *yanyauid* (*janjaweed*, literalmente, “jinetes armados”) cometieron ataques sistemáticos y continuados en el tiempo contra los grupos étnicos *fur*, *masalit* y *zaghawa*. Esos ataques generaron una catastrófica crisis humanitaria y consistieron, según HRW, en masacres, ejecuciones de hombres, mujeres y niños, incendios de poblados, destrucción de provisiones y desplazamientos internos y hacia Chad, violaciones a los derechos humanos, entre otros.

Las críticas de Shaw (2013) a la inacción internacional se basaron en el titubeo de las potencias de entonces al igual que la comunidad global que en principio, al momento de llevar a cabo acciones de prevención o mitigación de las masacres, se enfrascaron en discusiones sobre si los hechos configuraban genocidio, limpieza étnica o enfrentamientos en el marco de una guerra civil o contrainsurgencia. Ello demoró acciones concretas sobre el territorio. Incluso, inicialmente, tanto el Secretario General de la ONU, Kofi Annan y el entonces secretario de Estado de EE.UU., Colin Powell, negaron que en los reportes hubiera indicios de genocidio. Evitar la conceptualización genocidio en medio de discusiones sobre qué etiqueta conceptual utilizar, según Shaw, demoró las acciones necesarias para poner fin a las masacres.

Por otra parte, Prunier (2015), en su obra *Darfur: el genocidio ambiguo*, reconstruye históricamente todo el derrotero de relaciones entre Darfur y Sudán (incluidas el periodo colonial, las guerras civiles y la hambruna de 1984). Asimismo, manifiesta la complejidad de los sucesos y las dificultades tanto desde la academia como de la comunidad internacional para definir los hechos con esa categoría, así como también reflejar como la mayoría de los líderes mundiales solo se expresaron desde lo discursivo sin concretar acciones que vayan más allá de las meras declaraciones. Prunier (2015) afirma que de acuerdo a la definición empleada por la Convención de 1948 lo sucedido en Darfur fue claramente un genocidio, pero en la definición propuesta en su libro sobre Ruanda (“intención de destrucción completa”) no lo es.

Pareciera ser que en el informe se detallaba que ‘no se contaba con pruebas suficientes que indicaran que Jartum detentaba una política de estado con el fin de exterminar a un grupo racial o étnico en particular’, definición que se aleja de la de diciembre de 1948 pero que en sí es válida (Prunier, 2015, p. 208).

Por su parte, Shaw (2013) cita al investigador británico Eric Reeves y recupera las reflexiones sobre que las acciones de Jartum y sus milicias árabes aliadas sobre el territorio occidental sudanés se ejecutaron de forma sistemática con el fin de obstruir la ayuda humanitaria de manera deliberada para asistir a la población reubicada o en plena huida. Ello excedía los daños colaterales de una guerra interna y se constituía por acción directa, a partir de las matanzas, o indirectas, a través de los desplazamientos, en planes de destrucción de determinados grupos étnicos musulmanes, no árabes, como los *fur*, *masalit* y *zaghawa*.

Recién en septiembre de 2004, Powell, reconocería los hechos acaecidos en Darfur como un genocidio, aunque ninguna acción concreta emanó de esa decisión, contradiciendo el espíritu

resolutivo de la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio de la ONU de 1948, que hubiera implicado acciones directas de parte del Consejo de Seguridad (CS) de la organización internacional. Solo una intervención de una pequeña fuerza de la Unión Africana, con mandato limitado, se hizo presente en el territorio, aunque con escaso poder de protección de las poblaciones vulnerables (Shaw, 2013).

Cuando finalmente, con posterioridad, el CS remite el caso Darfur a la Corte Penal Internacional (CPI) para analizar la posibilidad de procesar a los dirigentes sudaneses por crímenes contra la humanidad, se basa en un informe conocido como Reporte de la Comisión Internacional de Investigación. Si bien el informe dejó entrever la ausencia de “intención genocida” por parte de Jartum, sí aportó elementos esenciales para el caso futuro como la iniciativa del gobierno central sudanés en llamar a las armas a las tribus arabizadas contra los movimientos armados rebeldes (de tribus “africanas”), el ataque sistemático a civiles de grupos tribales no árabes o africanos (es decir, más allá de una guerra entre el Gobierno e insurgentes), el establecimiento del consentimiento del aparato estatal sudanés a los ataques de las milicias a los poblados, entre otros (Shaw, 2013).

En síntesis, y continuando con el hilo argumental de Reeves, Shaw (2013) señala que estas acciones de los yanyauid y los militares sudaneses son suficientes para indicar evidencias de una “intención genocida”, puesto que, si bien no toda la población fue asesinada, la Convención sobre Genocidio refiere a la destrucción de un grupo protegido en todo o en parte. Más allá que las propias autoridades de Jartum las hayan presentado como actividades de una lucha militar convencional para negar las acciones genocidas. Además, los sobrevivientes se vieron obligados a huir y no precisamente a sitios seguros, sino a áreas rurales donde la ayuda humanitaria no llegaba o hacia Chad, es decir otro país con problemáticas internas de violencia muy graves y altos riesgos de conflictos con pobladores rurales chadianos en disputa por agua, tierras o recursos para la sobrevivencia.

Por último, la propuesta de Shaw (2013) señala que la identificación de un genocidio, desde su perspectiva, no solo implica la destrucción o exterminio físico de un grupo amenazado sino también interpretado como destrucción social y cultural, de los modos de vida de los pueblos fur, masalit y zaghawa a través de violencia a gran escala.

[...] la acción legal no debería haber reemplazado la acción política y militar para proteger a los civiles amenazados cuando podían aún ser ayudados. Tampoco deberían las definiciones legales restringir el debate político. En última instancia, la ley debe responder a la política, y la política debe estar formada por la mejor comprensión social. Esta experiencia refuerza el caso para que el genocidio sea considerado menos en términos estrechamente legales y más como fenómeno sociopolítico general (Shaw, 2013, pp. 272-273).

Más allá de las disquisiciones legales y sociológicas respecto de lo sucedido en Darfur (genocidio o limpieza étnica), en la actualidad la CPI aún intenta averiguar las responsabilidades de los gobernantes militares y políticos sudaneses en los crímenes perpetrados. Las acusaciones formales contra el expresidente al-Bashir (1989-2019) y sus colaboradores por crímenes de guerra, de lesa humanidad y genocidio, a través de la fiscalía de la CPI en 2008, chocan contra la falta de colaboración de las autoridades de Jartum que no cooperan con la transferencia de los

acusados ante la CPI ni con la ratificación del Estatuto de Roma (Amnistía Internacional, 21/10/2020). A un año del 20º aniversario del inicio del genocidio, los juicios no han comenzado y la búsqueda de justicia para las víctimas continúa aún lejana.

Conflicto armado y crisis humanitaria

Como afirman Shmite (2021) y Patronelli (2021) las fronteras coloniales en África fueron diseñadas a través de un trazado arbitrario en la Conferencia de Berlín y configuradas de acuerdo a los intereses de las potencias coloniales desarticulando las conformaciones territoriales preexistentes de los distintos grupos. Por lo tanto, el Estado-Nación moderno africano se constituyó como la “antítesis de lo étnico-tribal” (Patronelli, 2021, p. 45), es decir, en el control de los territorios las potencias europeas reterritorializaron espacios y los organizaron en base a la explotación de sus recursos naturales y propiciaron segmentaciones y divisiones de las etnias y pueblos con el objeto de controlarlos.

Asimismo, Shmite (2021) destaca que el Estado poscolonial presenta debilidades que se reflejan en conflictos armados, autoritarismo y democracias frágiles, desplazamientos forzados de población, pobreza y desigualdades, entre otros fenómenos. De igual modo, enumera una docena de territorios con fuertes reivindicaciones secesionistas en diversos Estados africanos; sin embargo, los dos casos más recientes fueron los de Eritrea, separada de Etiopía en 1993 y Sudán del Sur, independiente desde 2011. A continuación, se aborda el caso sursudanés en clave geográfica, a partir de una articulación de las diversas dimensiones analíticas.

Luego de su emancipación, Sudán del Sur, no pudo consolidar procesos de paz ni recorrer sendas hacia un progresivo desarrollo. Incluso, la recomposición de relaciones con la República de Sudán estuvo lejos de normalizarse. De hecho, en 2012, el presidente sursudanés Kiir suspendió la circulación de petróleo hacia Sudán ante la confiscación por Jartum de parte de los hidrocarburos y la disputa por la renta e ingresos petroleros; extrema decisión si se tiene en cuenta que el 98% de los ingresos estatales sursudaneses remiten a dicha actividad. De hecho, ambos países dependen de ese vital recurso para sus arcas. Sudán del Sur cuenta con las reservas mientras que la República de Sudán posee la infraestructura para la exportación, conformando una incómoda dependencia entre ambos Estados (Gallopín, 2012).

En este punto es importante preguntar ¿cuál es el rol de las potencias, EE.UU. y China con intereses en ambos países?

El Sudán ha sido, históricamente, un territorio objeto de disputas por parte de las potencias extranjeras que lideraban el orden mundial del momento. En la etapa colonial, la pugna se configuró entre el Imperio Británico y Francia, mientras que en los albores del siglo XXI las rivalidades se expresan entre Estados Unidos y China.

Durante el periodo final de la Guerra Fría, a inicios de los '80, la República de Sudán se convirtió en el máximo receptor de ayuda financiera de EE.UU. en el África subsahariana, en el marco de su estrategia global anticomunista. Incluso, ello contribuyó al giro y ruptura del gobierno de al-Numeiri con los comunistas, base de su apoyo inicial para alcanzar el poder en 1969 (Langa Herrera, 2017). Sin embargo, el rol de Washington mutó progresivamente en apoyo a los sudistas, incluso

motorizando la autonomía del Sur. A su vez, EE.UU. impuso sanciones a Sudán, tanto en 1997 como en el 2006, debido a las acusaciones de vínculos de Jartum con el terrorismo y su papel en las masacres de Darfur. Durante el proceso independentista de Sudán del Sur, EE.UU. se encontraba bajo la presidencia de Barak Obama (2009-2017) y sus políticas respecto a Sudán estuvieron signadas por las condenas a las acciones del ejército sudanés en el Kordofán del Sur.

Para la República de Sudán, la injerencia de Occidente en sus asuntos internos, tanto en los conflictos con el Sur como en Darfur, siempre fue un tema de preocupación. Al respecto, Prunier (2015) recupera una editorial del periódico *Al Anbaa* (13/01/2004), cercano al gobierno de Jartum, que manifiesta que Sudán unificado está “en peligro porque Londres y Washington quieren replicar en Darfur el acuerdo de paz que se firmó con el sur, en donde se prevé un sistema de división de poderes y de distribución de la riqueza, autodeterminación y control internacional” (Prunier, 2015, p. 153). Estas afirmaciones correspondidas por las autoridades y la población del norte demuestran los resquemores con lo que denominan intrusión extranjera en sus asuntos, máxime el contexto global posterior al ataque de septiembre de 2001 en territorio estadounidense y la posterior invasión, en 2003, de Irak que tanto recelo causó en el mundo islámico.

Los recursos hidrocarburíferos juegan un rol esencial en el interés estadounidense en Sudán del Sur, ya que el 75% del petróleo se encuentra en los yacimientos del sur, pero la infraestructura portuaria, oleoductos y refinerías en el norte. Además del apoyo a su independencia, EE.UU. decidió “exigir al norte los derechos del sur sobre el petróleo, incrementar las sanciones al norte, firmar un acuerdo de defensa mutua con el sur [...] ayudar al sur para desarrollar la educación, el buen gobierno y el crecimiento económico” (Álvarez Acosta, 2011, p. 17).

Con respecto al rol de China, el gigante asiático se muestra expectante y ambiguo. Históricamente ha sido aliado de la República de Sudán, en particular, con la venta de armas hacia Jartum. Sin embargo, en la actualidad, es un socio vital de ambos Estados en el marco de su abastecimiento energético. Incluso, según Amnistía Internacional posee la concesión de yacimientos petroleros sobre todo del estado de Kordofán Occidental (Amnistía Internacional, 2006). Al respecto, en 2018, el presidente Salva Kiir se reunió con el mandatario chino Xi Jinping en China, ocasión en la que fortalecieron los lazos bilaterales (Ministerio de Relaciones Exteriores de la R.P. China, 2018).

En la esfera interna, hacia finales de 2013, se profundizaron las crisis socio-económicas y los conflictos internos en Sudán del Sur. Como consecuencia de ello, se incrementó la violencia armada, las crisis alimentarias y sanitarias y la desarticulación social. Distintos informes de organizaciones internacionales dan cuenta de los efectos sobre las infancias y sectores más vulnerables de la población. Según UNICEF, en el informe “Niñez bajo ataque” (ONU, 2017), desde el inicio del conflicto armado en 2013, tres millones de niños padecen los efectos de la hambruna, dos millones no están escolarizados y dos millones y medio debieron huir de sus hogares. Asimismo, han fallecido 2.300 niños y 19.000 fueron reclutados por los grupos armados. El desafío para el país y los organismos involucrados en el territorio sursudanés es, en la actualidad, acudir en ayuda de niños y niñas que necesitan asistencia alimentaria y sanitaria en carácter urgente.

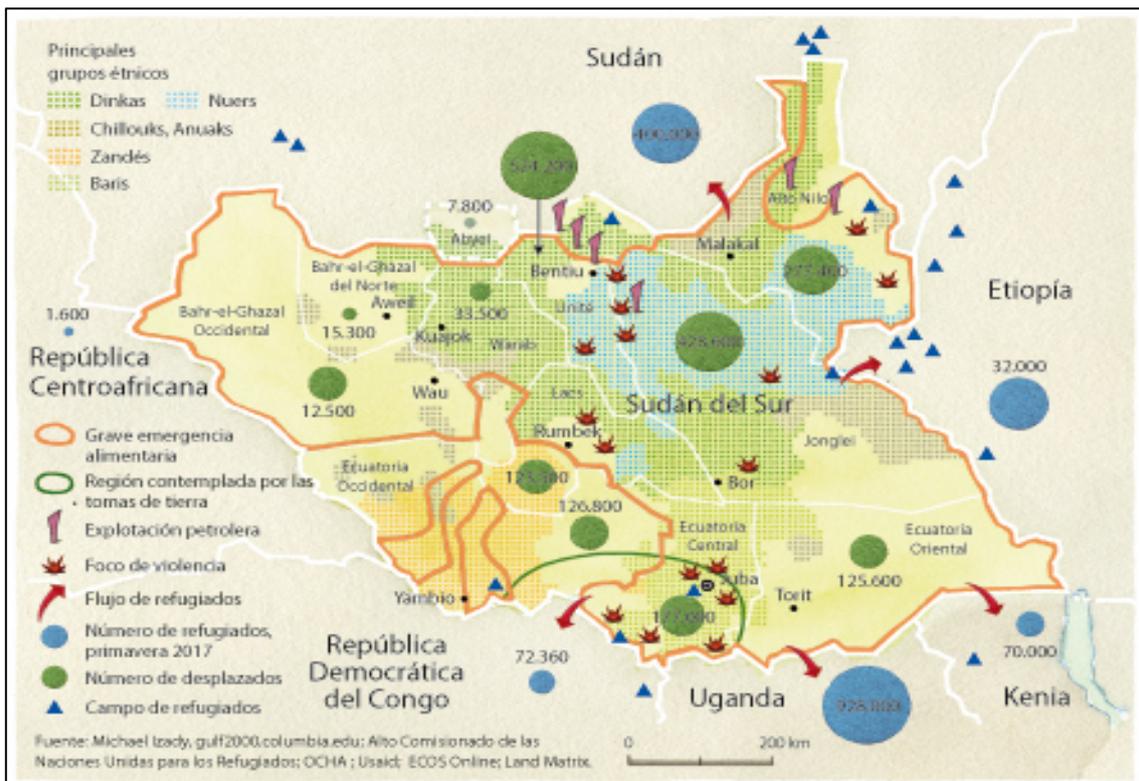
Por su parte, el Informe del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) denominado “Tendencias globales de desplazamiento forzado en 2021” publicado en

2022, expresa que más de 89 millones de personas alrededor del mundo se encuentran desplazadas de sus hogares por causa de los conflictos armados, la violencia y las violaciones a los derechos humanos. Sudán del Sur es uno de los países que durante 2021 incrementó el número de desplazados internos, tal como expresa el Informe de ACNUR,

El número de personas refugiadas sursudanesas aumentó de 2,2 millones en 2020 a 2,4 millones a finales de 2021. Casi todas son acogidas por cuatro países vecinos: Uganda (958.900), Sudán (803.600), Etiopía (386.800) y Kenia (135.300). La mayoría de las 109.900 personas refugiadas sursudanesas recientemente reconocidas fueron declaradas mediante procedimientos de prima facie en Sudán (63.900), Uganda (30.600) y Kenia (9.000)" (ACNUR, 2022, p.17).

Estos datos sitúan a Sudán del Sur como el país con la mayor crisis de personas refugiadas en África y la tercera más grande del mundo, por detrás de Siria y Afganistán. De ese número total de desplazados sursudaneses hacia otros países, se estima que el 63 % son niños y niñas (ECP-UAB, 2020).

Figura 7.2. Sudán del Sur. Conflictos e impactos sociales.



Nota. Fuente: AgnèsStienne en Prunier, 2017

La Misión de Asistencia de las Naciones Unidas en la República de Sudán del Sur (UNMISS) creada por el Consejo de Seguridad de la ONU tiene presencia a través de miles cascos blancos que se encargan básicamente de proteger los campamentos de refugiados.

Asimismo, la UNMISS ha calculado las víctimas mortales del conflicto reavivado en 2013 hasta la actualidad en más de 400.000 (ECP-UAB, 2020).

En la actualidad Sudán del Sur tiene uno de los menores valores de IDH (Índice de Desarrollo Humano) del mundo. Según el Informe del año 2020 se ubica en el puesto 185° sobre 188 países contabilizados, sólo por encima de Chad, República Centroafricana y Níger. Su IDH de 0,433 se compone a partir de una esperanza de vida media de 57,9 años, un INB (ingreso nacional bruto per cápita) de U\$S 2.003, y 4,8 años promedio de escolaridad (Informe sobre Desarrollo Humano, 2020).

A 10 años de la independencia: La persistencia del conflicto hasta la actualidad

De modo estructural, el conflicto armado entre el norte y el sur de Sudán tuvo entre sus variables analíticas que posibilitan interpretar el enfrentamiento cuatro principales dimensiones (KabundaBadi, 2011): colonial, confesional-racial, política y económica. La primera de ellas, refiere al desarrollo desigual entre ambas regiones, reflejado por el mayor grado de infraestructuras y servicios en el norte y la no incorporación de las poblaciones nilóticas y bantúes del sur al desarrollo del norte dominado por poblaciones arabizadas y musulmanas. El segundo aspecto, enfatiza estos desequilibrios entre los cristianos-animistas y musulmanes, por un lado, y entre árabes y negroafricanos por otro, aunque ello no descarte la diferencia entre los mismos musulmanes, según su origen étnico árabe o africano.

En tercer lugar, la variable política-sociológica explica como las poblaciones del sur, consideradas por los árabes como incultos o inferiores, fueron excluidas por las elites gubernamentales del norte, negados sus derechos políticos y pasibles de injusticias diversas, discriminación y sujetos a arabización e islamización.

Por último, el análisis de la dimensión económica permite interpretar cómo el descubrimiento y posterior inicio de la explotación de los hidrocarburos de los yacimientos del sur fortaleció las aspiraciones secesionistas de las elites del sur, aunque al mismo tiempo implicase, una intencionalidad del norte de apoderarse y controlar el flujo de petróleo a través de las rutas y los puertos que el norte posee y el sur carece.

Un hito relevante en los años previos a la independencia fue la firma en Nairobi (Kenia, 2005) del Acuerdo de Paz Global (*Comprehensive Peace Agreement-CPA-*) entre John Garang (SPLA/M) y el vicepresidente sudanés, y promocionado por Estados Unidos. El tratado fue precedido por una serie de acuerdos previos (como el de Naivasha de 2004) y le otorgó un mayor grado de autonomía al Sur a partir del replanteo de correlación de fuerzas entre el norte y el sur en los aspectos claves: nuevos esquemas de representación política, modificación de criterios de distribución de la riqueza, reorganización del ejército y delimitación de los espacios de vigencia de la *shariay* de las políticas de arabización (Kabunda Badi, 2011).

Sin embargo, en 2011 se desataron los conflictos en dos zonas de Sudán colindantes con el sur, el Kordofán del Sur y el Estado de Nil Bleu. El Ejército sudanés se enfrentó contra el SPLA, movimiento rebelde que se catapultó al poder con la independencia. La complejidad del conflicto se desarrolló, entonces, en dos flancos. Por un lado, el SPLA en lucha para derrocar al régimen de Jartum, y por otro, sufriría una escisión que llevó a la ruptura del movimiento y, por lo tanto, del grupo en el poder en Juba. Los enfrentamientos perduraron: por un lado, al interior de Sudán del Sur permanecieron los conflictos armados y, por otra parte, prosiguieron las pugnas entre ambos Estados por factores de índole económica, con el riesgo de derivar en conflagraciones.

Por lo tanto, a pesar de haber alcanzado su independencia, Sudán del Sur se sumió en un conflicto interno por el control territorial del nuevo Estado y las diferencias políticas entre los distintos grupos que conforman la comunidad sursudanesa. En 2013 se produjo una escalada de los enfrentamientos y los hechos de violencia entre los partidarios del jefe de Gobierno, Salva Kiir (SPLA/M) y las facciones identificadas con el ex vicepresidente Riek Machar (SPLA- IO; *In Opposition*). Al año siguiente comenzó el enfrentamiento civil. La lectura inicial de los analistas occidentales redujo el enfrentamiento a dos dimensiones: la rivalidad política entre Kiir y Machar y el conflicto étnico entre dinkas y nuers.

Conforme a la nueva política diplomática que promueve “soluciones africanas para los problemas africanos”, el tratamiento de la crisis fue derivado a la Autoridad Intergubernamental para el Desarrollo, una organización regional del Este africano cuya capacidad de gestión de problemas es, en realidad, muy limitada, incluso nula. Sus miembros son demasiado débiles para actuar militarmente (Sudán del Sur, Somalia, Yibuti), o están implicados en políticas regionales que se contradicen mutuamente (Sudán, Etiopía, Eritrea, Kenia, Uganda). Tras interminables discusiones, el 17 de agosto de 2015 se firma un acuerdo de paz en Nairobi (Kenia) (Prunier, 2017, p. 5).

Shmite (2021), asevera que los intentos por reducir o morigerar la lucha armada y sus impactos tuvo un hito en el llamado Acuerdo Revitalizado sobre la Resolución del Conflicto en Sudán del Sur (R-ARCSS), firmado en septiembre de 2018 y auspiciado por la Autoridad Intergubernamental para el Desarrollo de África (IGAD). Según el Informe Alerta 2020 de la Escola de Cultura de Pau (ECP), la firma de este Acuerdo de Paz Global entre el Gobierno y el movimiento SPLA-IO ratificado en 2018, sin embargo, no detuvo las beligerancias entre las partes ante la resistencia de las facciones a implementar sus cláusulas. Asimismo, “Sin jefe (Machar), la rebelión se desintegra en una serie de grupos armados autónomos. Por su parte, el gobierno de Juba intenta construir una especie de “diálogo nacional” con los miembros extremadamente sumisos del Consejo de Notables de Jieng” (Prunier, 2017, p. 5). Por lo tanto, surgieron nuevos grupos armados y milicias comunitarias que contribuyeron al mantenimiento del estado de guerra en el país (ECP-UAB, 2020).

Para el año 2019 los combates continuaron. Según el Informe 2020 de la ECP, “debido a disputas intercomunitarias, así como a los enfrentamientos entre tropas gubernamentales y el

grupo rebelde no signatario del Acuerdo de paz, el Frente de Salvación Nacional (NAS)” (ECP, 2020, p. 48). Las acciones armadas del NAS contra el Ejército sursudanés (rebautizado como Fuerza de Defensa del Pueblo de Sudán del Sur – SSPDF) prosiguieron, así como con las fuerzas rebeldes del SPLA-IO en las regiones de Ecuatoria Central y Occidental.

Desde la comunidad internacional, la escalada de violencia generó una declaración conjunta de la Troika (EE.UU., Noruega y Reino Unido) instando a las partes a respetar el Acuerdo de Cesación de Hostilidades. De igual modo, el Consejo de Seguridad de la ONU renovó el mandato de la UNMISS, dando potestad a las fuerzas de paz para proteger y garantizar el retorno de las personas desplazadas. A su vez, extendió por un año el embargo de armas, así como las sanciones a diferentes funcionarios gubernamentales y miembros de distintos grupos rebeldes identificados como un obstáculo para la paz (ECP-UAB, 2020).

Por su parte, ACNUR denunció los ataques realizados contra personal humanitario en el país, solicitando respeto al derecho internacional humanitario. Según los datos proporcionados por el organismo, desde que se inició el conflicto armado a finales de 2013, al menos 115 trabajadores humanitarios habían sido asesinados (ECP-UAB, 2020).

Durante el 2020 el conflicto se profundizó debido a disputas intercomunitarias en el marco de las dificultades de gobernanza en el país producto de la debilidad y luchas internas en el nuevo Gobierno de Unidad creado en el mes de febrero. No obstante, comenzaron las conversaciones de paz “entre el Gobierno y los grupos no signatarios del Acuerdo de Paz organizados a través de la Alianza de Movimientos de Oposición de Sudán del Sur (SSOMA) – que incluye a las organizaciones rebeldes NAS, SSUF/A, Real-SPLM, NDM-PF, UDRM/A, NDM-PF, SSSNM” (ECP-UAB, 2021, p. 54).

Las negociaciones que se llevaron a cabo en Italia, bajo la mediación de la IGAD, lograron la rubricación de la Declaración de Roma sobre el Proceso de Paz en Sudán del Sur. En sus cláusulas las partes se comprometieron a un alto el fuego, garantizar el acceso humanitario y a mantener un diálogo.

Sin embargo, el estancamiento de las negociaciones en el mes de abril conllevó la ruptura de la tregua militar, activándose las hostilidades militares entre fuerzas gubernamentales y el NAS comandado por Thomas Cirillo, quien acusó a las fuerzas armadas del SPLA-IO de atacar en la región de Ecuatoria Central. Las hostilidades militares se mantuvieron a lo largo del año, ampliándose a la región de Ecuatoria Occidental, en el sur del país (ECP-UAB, 2021, p. 54).

Durante el año que Sudán del Sur celebraba sus 10 años de independencia, el país continuó desarrollando dinámicas marcadas por la extrema violencia producto de los combates entre las Fuerzas Armadas (FF.AA.) sursudanesas y los grupos irregulares. Asimismo,

[...] la continuidad de episodios de violencia intercomunitaria o las nuevas tensiones generadas dentro del SPLA-IO que afectaron principalmente a las regiones de Ecuatoria Central y Occidental, Jonglei, la Zona Administrativa de Pibor y Alto Nilo [...] en agosto se añadió una división dentro del movimiento

del SPLA-IO dirigido por Riek Machar que sumó una nueva crisis en el país. Miembros del SPLA-IO anunciaron, mediante la Declaración de Kitgwan, la destitución de Machar como líder del movimiento y nombraron en su lugar a Simon Gatwech Dual como líder interino, lo cual abrió un periodo de luchas y enfrentamientos armados en el estado de Alto Nilo entre las fuerzas leales a Machar y la disidencia comandada por Dual, autodenominada facción “Kitgwan” [...] (ECP-UAB, 2022, p. 55).

Por último, desde la dimensión de género en el conflicto, resulta relevante destacar que en materia de violencia sexual la UNMISS detectó y reportó a lo largo de los últimos años de enfrentamientos bélicos innumerables actos de abusos y explotación sexual por las diversas facciones intervinientes en la guerra. Frente a ello, no solo el CS (ONU) emitió una resolución al respecto, sino que el propio Ejecutivo sursudanés presentó un plan de acción que unifica los planes del Ejército y del SPLA sobre prevención y eliminación de la violencia sexual relacionada con el conflicto armado (ECP-UAB, 2022).

En la situación de crisis permanente de Sudán del Sur y de los estados subsaharianos en general se vislumbra lo que Kabunda Badi (2004) denomina el fracaso del Estado poscolonial. Los procesos de independencia iniciados en la década de 1960 consolidaron bajo la forma de Estados modernos y liberales la balcanización del territorio africano. El deterioro de la calidad de vida, las crisis sistemáticas en los órdenes sociales (impacto en los indicadores demográficos), políticos (golpismo, autoritarismo), económicos-financieros (crisis de la deuda), alimentarios (inseguridad alimentaria), y las estructuras productivas fuertemente primarizadas (explotación de recursos naturales, monoproducciones) dependientes de las potencias, las corporaciones y los precios internacionales de los *commodities*, evidencian el fracaso del modelo impuesto por los centros occidentales y ameritan encontrar nuevas formas de organización social y territorial e integración como el panafricanismo o el afro federalismo que posibiliten transitar la senda del desarrollo con equidad.

Cronología

1916. Anexión de Darfur al Sudán.

1955 (agosto). En el Sur del Sudán estalló una rebelión apoyada por Israel.

1956 (1º de enero). **La República de Sudán logra su independencia.**

1964 (octubre). Fin del régimen militar instaurado en 1958 a través de una insurrección popular.

1969 (25 de mayo). Golpe de Estado encabezado por Yaafar al-Numeiri.

1969. Surgimiento del Movimiento de Liberación de Sur de Sudán (unión de facciones de los Anya-Nya).

1972 (marzo). Acuerdo de Addis Abeba para la instauración de un estatus de autonomía en el Sur.

1983. El régimen de al-Numeiri aplica la sharia. Comienzo en el Sur de una nueva rebelión dirigida por John Garang y su movimiento denominado Ejército de Liberación del Pueblo de Sudán (SPLA).
- 1985 (abril). Revuelta popular y fin de la dictadura militar.
- 1989 (30 de junio). Oficiales islamistas liderados por Omar al-Bashir toman el poder. La guerra con el Sur se intensifica.
- 2001 (19 de febrero). Firma del “Memorándum de entendimiento” en Ginebra entre miembros del partido sudanés fundado por Hassan al-Turabi, Mutammar al-Watani, con el SPLA, para coordinar la lucha contra el gobierno sudanés liderado por al-Bashir.
2003. Inicio del genocidio de Darfur.
- 2005 (9 de enero). Rubricación en Nairobi, Kenia, del Acuerdo de Paz de Sudán entre el gobierno sudanés y el EPLS, que prevé un referéndum de autodeterminación en el Sur en un plazo de cinco años.
- 2011. En enero, la población del Sur vota ampliamente en favor de la independencia, que proclama el 9 de julio la República de Sudán del Sur.**
- 2013-actualidad. Comienzo de los combates al interior de Sudán del Sur entre el gobierno y distintas facciones disidentes.
- 2018 (septiembre). Firma del Acuerdo Revitalizado sobre la Resolución del Conflicto en Sudán del Sur (R-ARCSS), que no logra cesar los combates.
2020. Profundización del conflicto debido a disputas intercomunitarias y luchas internas en el nuevo Gobierno de Unidad creado en el mes de febrero.

Reflexiones finales

Las variables que explican tanto la singularidad de Sudán como la de Sudán del Sur, en particular, son multicausales. Como sostiene Kabunda Badi (2011), los conflictos en los Estados africanos responden a un conjunto diverso de factores multidimensionales como los históricos y los actuales, estructurales y coyunturales, internos y externos en articulación, de los cuales ambas entidades estatales son cabales ejemplos. Un aspecto clave estructural, común a la mayoría de ellos, es el carácter frágil, inacabado del Estado-nación moderno africano, diseñado bajo los intereses europeos, integrado forzosamente con una soberanía más externa que interna, deslegitimado sociológicamente por los pueblos o etnias locales. El carácter arbitrario y artificial de sus fronteras fue la génesis de las disputas, así como la imposición por parte de los europeos de determinados grupos en el poder, marginando a otros pueblos del acceso a derechos humanos básicos y elementales.

Asimismo, tanto en el pasado las potencias coloniales (Reino Unido y Francia), que provocaron la fragmentación territorial del espacio africano, como actualmente los EE.UU. con sus vaivenes de acercamiento y distanciamiento según sus intereses geoestratégicos en la región, y la posición ambigua de China, no contribuyen a la estabilidad de Sudán ni de Sudán del Sur. A su

vez, Stancanelli (2013) sostiene que los PAE impuestos por los organismos multilaterales de crédito y las potencias centrales, las crisis de la deuda y la globalización neoliberal desvanecieron las posibilidades de desarrollo de los Estados africanos. Ello sumado a la radicalización del expolio de los recursos naturales que tiene una continuidad desde la etapa colonial hasta la actualidad ha sumido en mayores desequilibrios a las sociedades africanas. En el caso sursudanés, el control por los yacimientos de petróleo, el transporte del crudo y su destino de exportación es una causa nodal que evidencia la incidencia de la dotación y manejo de los recursos como causa concomitante de los conflictos armados.

Si bien, los índices socio-demográficos y económicos demuestran que algunos indicadores pudieron mejorar en ciertos territorios las fuertes desigualdades persisten en los Estados. De los últimos 20 países que componen el listado de IDH, 18 de ellos son subsaharianos. El descontento social con las elites políticas se mantiene dificultando los procesos de participación activa de las sociedades. Stancanelli (2013, p. 2) recupera a Mwayila Tdhiyembe: “[...] lo que fracasó en África no fue la democratización sino la imposición del modelo occidental de Estado-Nación, cuyo postulado de unificación étnica, cultural e identitaria constituye en sí mismo una fuente de conflicto”.

Sin embargo, en los últimos años, es dable destacar también, que se han comenzado a desarrollar instancias de mayor participación, control de la gobernanza y fortalecimiento de lazos democráticos. En ello tienen preponderancia los movimientos sociales surgidos al calor de las manifestaciones de “indignados”, las fallas de las instituciones democráticas y el desarrollo de una masa crítica de actores subalternos que consolidan espacios de expresión y representación ante la crisis del Estado tradicional (Kabunda Badi, 2021). Además, a nivel continental, se destacan espacios como el Foro Social Africano (FSA), los intentos de la Unión Africana por consensuar la Agenda 2063 que persigue la integración regional del continente y la cooperación Sur-Sur. Pero en el caso de Sudán del Sur, los impactos y consecuencias que se observan en el territorio impiden imaginar trayectorias de fortalecimiento social y económico para el país, lo cual se refleja en los indicadores socio-demográficos y de desarrollo humano que en el caso particular no han mejorado. La violencia armada y la violencia sexual, las crisis alimentaria y sanitaria, y la desarticulación social, los fallecidos por las beligerancias, los refugiados y desplazados, así como la vulneración de derechos, sobre todo de niños y niñas que se convierten tanto en víctimas mortales de los enfrentamientos como reclutas o víctimas de la violencia sexual junto con las mujeres.

Kabunda (2011, p. 71) propone que la solución “pasa por la creación de Estados de Derecho (el fin de la cultura de la impunidad) y la descentralización (federalismo)”. Culturalmente, el factor étnico-religioso es otra dimensión que posibilita comprender el conflicto perpetuo en el territorio y las dificultades de gobernabilidad. Para el caso específico de Sudán, los enfrentamientos, hasta la independencia del sur, se explicaban mayoritariamente por las prerrogativas del norte sobre las periferias del país, representadas históricamente por el sur y el oeste (Darfur). El saldo de esas desigualdades fueron los diversos conflictos desatados en esas regiones, lo que llevó a la República de Sudán a vivir más años en guerra que en paz desde su independencia en 1956.

Pero al mismo tiempo, comprender la diversidad de grupos al interior de las entidades sudanesas y evitar las dicotomías simplificadoras entre “árabe- africano” (islámico o no), ante la polisemia del concepto árabe, favorece la comprensión de la complejidad cultural de esos territorios.

El conflicto histórico entre el norte y el sur tiene una serie de facetas explicativas, entre las que se destacan el factor histórico-colonial, y las variables política, económica y confesional-racial. La independencia de Sudán del Sur era “inevitable” (Kabunda Badi, 2011) ante la intención de Jartum de configurar un Sudán homogéneo, de profesión musulmana, a partir de la asimilación del sur y su exclusión de ciertos procesos políticos y acceso a derechos, lo cual convertía a la población de las regiones meridionales en ciudadanos de segunda categoría, pasibles de ser arabizados e islamizados, negando el carácter multiétnico y multicultural del país.

En el caso particular de Sudán del Sur, a 10 años de su autodeterminación, la independencia no significó la paz para el país. A pesar de las múltiples instancias para alcanzar la paz, consensos, mediaciones, la intervención de la ONU, entre otras, las medidas implementadas han fracasado. Sudán del Sur permanece sumergido en las beligerancias entre el gobierno y distintas facciones armadas disidentes lo que impide cumplimentar las cláusulas del Acuerdo de Paz Global. Paz y acuerdos de convivencia que serán el único camino hacia el fin de los enfrentamientos y el sendero hacia un desarrollo propio. Las crisis políticas, sociales, económicas, humanitarias y alimentarias se profundizan, sumiendo al país en un conflicto que no avizora un final en el corto plazo.

Bibliografía

- Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (2022). Tendencias globales de desplazamiento forzado en 2021. <https://www.acnur.org/stats/globaltrends/62aa717288e/tendencias-globales-de-acnur-2021>
- Álvarez Acosta, M. E. (2011). *África Subsahariana: Sistema capitalista y relaciones internacionales*. Buenos Aires: CLACSO. Colección Sur-Sur. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/sur-sur/20120312101517/africa-subsahariana.pdf>.
- Álvarez Acosta, M. E. (2011). *Los conflictos en África Subsahariana en el siglo XXI: aproximación a sus componentes desestabilizadores*. En XXII Simposio Electrónico Internacional “África: una mirada al siglo XXI”. Buenos Aires.
- Amnistía Internacional (21 de octubre de 2020). Sudán: La Corte Penal Internacional es actualmente la mejor opción para la justicia por los crímenes de Darfur. <https://www.es.amnesty.org/en-que-estamos/noticias/noticia/articulo/sudan-la-corte-penal-internacional-es-actualmente-la-mejor-opcion-para-la-justicia-por-los-crimenes-de-darfur/>
- Amnistía Internacional (2006). Sudán/China. Llamamiento de Amnistía Internacional al gobierno chino con ocasión de la Cumbre Chino-Africana para el Desarrollo y la Cooperación. <https://www.amnesty.org/es/wp-content/uploads/sites/4/2021/08/afr540722006es.pdf>

- Ceamanos, R. (2016). *El reparto de África de la Conferencia de Berlín a los conflictos actuales*. Madrid: Libros de la Catarata.
- Contreras Valcárcel, J. (2021). ¿El final? El proceso de paz en Sudán del Sur. *En Boletín IIEE*, 21. Madrid, España.
- Cruz Roja Internacional. (2019). *Guerra civil en Sudán del Sur*. <https://www.icrc.org/es/donde-trabajamos/africa/sudan-del-sur/guerra-civil>
- Escola de Cultura de Pau, Universitat Autònoma de Barcelona (2022). *Alerta 2022! Informe sobre conflictos, derechos humanos y construcción de paz*. Barcelona: Icaria.
- Escola de Cultura de Pau, Universitat Autònoma de Barcelona (2021). *Alerta 2021! Informe sobre conflictos, derechos humanos y construcción de paz*. Barcelona: Icaria.
- Escola de Cultura de Pau, Universitat Autònoma de Barcelona (2020). *Alerta 2020! Informe sobre conflictos, derechos humanos y construcción de paz*. Barcelona: Icaria.
- Fontana, J. (2013). *El Futuro es un país extraño. Una reflexión sobre la crisis social de comienzos del siglo XXI*. Barcelona: Pasado & Presente.
- Gallopín, J. B. (febrero de 2012). Amargo divorcio en Sudán. Un conflicto que se agudiza. *En Diario Le Monde Diplomatique*. Edición Cono Sur. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Iniesta, F. (2010). Conflictos Sahelianos. Análisis de unas Estructuras Estatales Inviabiles. En Prat Caravajal, E. *Las Raíces Históricas de los conflictos armados actuales*, (93-119). Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia.
- Informe sobre Desarrollo Humano (2020). La próxima frontera. El desarrollo humano y el Antropoceno. Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).
- Kabunda Badi, M. (2021). Geopolítica y geoconomía africanas a los sesenta años de las independencias. Algunas reflexiones. En Shmite, S. y Nin, M. C. (coord.) *África en la actual geografía transnacional. Territorialidades múltiples y actores emergentes*, (5-26). Palmas de Gran Canaria: Casa África.
- Kabunda Badi, M. (2011). Conflictos en África: El caso de la Región de los Grandes Lagos y de Sudán. *Investigaciones Geográficas*, 55, (71-90). Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/ejemplar/307119>
- Kabunda Badi, M. (2008). África en la globalización neoliberal: las alternativas africanas. *Theo-mai*, 17, (77-87).
- Kabunda Badi, M. (2004). La Democracia en África: entre la recuperación de la tradición y la integración en la economía global. *Congrés Internacional d'Estudis Africans. IV Congrés d'Estudis Africans del Món Ibèric*. Barcelona.
- Langa Herrero, A. (2017). Guerra y Paz durante el gobierno del presidente Numeiri en Sudán. *En Estudios de Asia y África*, 52 (2), (229-254).
- Margueliche, J. C. (2018). Las fronteras como espacios de configuraciones territoriales simultáneas. El caso de la República de Malí en África. *En Revista Huellas*, 22 (1), Instituto de Geografía, EdUNLPam: Santa Rosa. DOI: <http://dx.doi.org/10.19137/huellas-2018-2203>

- Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Popular China (31 de agosto de 2018). Xi Jinping Se Reúne con Presidente de Sudán del Sur, Salva Kiir. Recuperado de https://www.fmprc.gov.cn/esp/wjbx/zjg/xybfs/xwlb/201809/t20180903_943412.html
- Mudimbe, V. Y. (1988). *The invention of Africa, Gnosis, philosophy, and the order of Knowledge*, Ndiana U.P/ James Curry. Londres: Bloomington.
- Organización de Naciones Unidas (15 de diciembre de 2017). Más de la mitad de los niños en Sudán del Sur sufren por el conflicto. Recuperado de <https://www.un.org/es/impacto-acad%C3%A9mico/m%C3%A1s-de-la-mitad-de-los-ni%C3%B1os-en-sud%C3%A1n-del-sur-sufren-por-el-conflicto>
- Patronelli, H. (2021). La construcción del Estado africano subsahariano. De la colonización europea hacia un Estado poscolonial. En Shmite, S. y Nin, M. C. (coord.) *África en la actual geografía transnacional. Territorialidades múltiples y actores emergentes*, (41-58). Palmas de Gran Canaria: Casa África.
- Pinzón Godoy, J. (2012). La Independencia de Sudán del Sur: ¿La integración o desintegración del continente africano? *Boletín de Estudios Africanos*.
Disponible en <https://estudiosafricanos.wordpress.com/2012/10/29/la-independencia-de-sud%C3%A1n-del-sur-la-integracion-o-desintegracion-del-continente-africano/>
- Prunier, G. (2017). De la independencia a la hambruna. *En Le Monde Diplomatique*, 217. Edición Cono Sur. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Prunier, G. (2015). *Darfur: el genocidio ambiguo. Sudán hoy*. Buenos Aires: Prometeo.
- Ruggeri, M. A. (2011). Estado de la situación. Estado de lo que está en juego. En Álvarez Acosta, M. E. (coord.). *África Subsahariana. Sistema Capitalista y relaciones internacionales* (505-519). Buenos Aires: CLACSO.
- Saavedra Casco, J. A. (2017). El triste inicio de una nación. La crisis política y humanitaria en Sudán del Sur. *Estudios de Asia y África*, 52(2), 421-<https://doi.org/10.24201/ea.v52i2.2321>
- Said, E. (2002 [1978]). *Orientalismo*. Barcelona: Editorial Debolsillo. Shaw, M. (2013). *¿Qué es el genocidio?* Buenos Aires: Prometeo.
- Shmite, S. (2021). Dinámicas identitarias y reivindicaciones territoriales. ¿Nuevas fronteras en África? En Shmite, S. y Nin, M. C. (coord.). *África en la actual geografía transnacional. Territorialidades múltiples y actores emergentes* (113-137). Palmas de Gran Canaria: Casa África.
- Shmite, S. M. y Nin, M. C. (2009). *Temas actuales, conflictos y fragmentación espacial. ¿Cómo abordarlos desde la Geografía? Parte II: África como espacio geográfico de análisis*. Santa Rosa: EdUNLPam.
- Stancanelli, P. (2013). En el centro del Sur. *En Revista Explorador de Le Monde Diplomatique*. África, 5. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Unicef (2021). *Children's urgent need for help in South Sudan*. <https://www.unicef.org/southsudan/media/8076/file/South%20Sudan%20Child%20Crisis%20Report.pdf>